

Et in Arcadia ego

La primera vez que la vi, yo tenía cuatro años. Estaba sentada sobre el ataúd de mi madre y me miraba desde dos cuencas vacías mientras jugueteaba con unas tijeras. Bajo la túnica andrajosa que la recubría, se adivinaba un simple esqueleto humano despojado de músculos, cerebro, corazón y que, sin embargo, disfrutaba de movimiento. Se mantenía erguida, en postura sedente, con un sofisticado cruce de piernas y aparentaba no tocar el féretro; más bien parecía elevarse unos centímetros por encima, flotando en el aire como un espectro; contribuían a ese aspecto liviano el aura formada por los jirones de su ropa gastada, ondeando en derredor en ausencia de cualquier flujo de aire.

Su visión me paralizó. No lloré, no grité, no hui. Permanecí inmóvil mientras me orinaba encima, sin percibir la angustia y consternación que se apoderaban de mi padre al verme mojar el suelo de mármol negro. Mi tía, deseosa de aliviar la situación en lo posible, se apresuró en sacarme del tanatorio para llevarme a casa a asearme y cambiarme de ropa. Mientras me vestía, le hablé de la figura junto a mi madre muerta y, por su reacción, comprendí que ni ella ni nadie más en la sala la habían visto. No volví a hablar de aquella aparición en toda mi vida.

Mi padre tardó semanas en acostumbrarse a no poner un tercer plato a la hora de cenar. Aunque tratábamos de disimular la dureza de aquella nueva relación de dos, era evidente que la ausencia de mamá pesaba demasiado. Evitábamos nombrarla, pues hablar de ella nos laceraba por dentro. El silencio acabó imponiéndose entre ambos por instinto de supervivencia. Convivíamos unidos bajo la infinita tristeza que nos separaba.

Tres años después de morir mi madre, la encontré de nuevo por casualidad. Mi padre me había dejado en la biblioteca pública del pueblo mientras hacía unos recados. Me llamó la atención la colorida encuadernación de un libro de mitología ilustrado y decidí sacarlo de su estantería para pasar el rato con él. Cuando llegué al capítulo de las moiras, allí estaba, Átropos, y aunque, en el dibujo, la carne recubría los huesos, su aspecto de anciana venerable no me confundió: provista de unas tijeras, se

disponía a cortar el hilo de vida de un pobre mortal. Cuando mi padre vino a recogerme, lo abracé fuertemente, temblando.

A unos meses de alcanzar mi mayoría de edad, se me apareció de nuevo. Hacía dos semanas que habían ingresado de urgencia a mi padre en el hospital. La noche de su muerte, me encontraba con él. Me había quedado dormida junto a su cama, agarrándole la mano. Cuando a medianoche desperté, allí estaba ella, el brazo en alto, blandiendo sus enormes tijeras con las hojas abiertas. Apenas tuve tiempo de suplicar.

Quedé huérfana, junto a todo el desamparo que esa palabra evoca. Al principio, me costó avanzar por la vida. Nunca sabía si al pasar de un lugar a otro, de una morada a otra, existiría un suelo que poder pisar. Con el tiempo, salí adelante. Conocí a alguien, me enamoré, me casé y tuve un hijo. Tenía una familia. Se trataba de una vida de lo más corriente para la mayoría y puede que hasta tediosa para muchos. Para mí, era extraordinaria. A veces fantaseaba con que mis padres aún vivían y venían a visitarnos los domingos. Imaginaba a mi padre revolcándose por la alfombra con su nieto mientras mi madre me felicitaba por lo preciosas que tenía las calas del balcón. La vida transcurría tranquila. Me sentía afortunada: un esposo atento, un hijo feliz, una casa luminosa y un empleo a media jornada que me dejaba tiempo para cuidar de todo lo anterior. Con el fin de atender convenientemente a nuestro niño, mi marido y yo nos las apañábamos para no coincidir en nuestros horarios laborales: yo trabajaba por las tardes en un call center y él era el recepcionista nocturno de un hotel.

Y llegó la tarde fatídica en que se me apareció de nuevo... Había ido a mi oficina como cada día y, a mitad de jornada, una falsa alarma de ataque cibernético nos obligó a interrumpir el trabajo. Al reincorporarnos a nuestros puestos, intentamos reanudar el servicio de la mejor forma posible y tuve que echar alguna hora de más. Cuando salí de la oficina, ya era muy tarde y me urgía regresar para hacer el relevo a mi esposo. En lugar de tomar el camino de siempre, pensé que lo mejor era atajar por el parque. Vivía muy cerca y seguramente la demora sería mayor si me entretenía en pedir un taxi.

Trasasé la verja del parque y tomé el camino central de arena compactada. Era invierno y anochecía temprano. En pocos minutos, el sendero se hizo más oscuro, tanto por la escasez de farolas como por los árboles que lo jalonaban, en mayor cantidad

conforme me adentraba, aislándolo de la iluminación exterior de la ciudad. Caminaba con rapidez. Solo se escuchaba el ruido de mis pasos sobre la gravilla. Hacía frío y no se veía un alma: no tenía aún muy claro si aquello debía de inquietarme o reconfortarme. Cuando empecé a dudar de lo acertado de tomar ese atajo de noche, miré atrás y comprobé que la entrada del parque ya no estaba al alcance de mi vista: demasiado tarde para retroceder.

De pronto, escuché un crujido por entre unos arbustos en un lado del camino. Mi corazón latía con fuerza mientras buscaba el origen del ruido. No vi nada. Pensé en una rata y me tranquilicé, pero, aun así, decidí echar a correr. Quería salir de aquel lugar cuanto antes. Me detuve jadeando al llegar al paso subterráneo de debajo de la carretera. Representaba el último tramo antes de alcanzar la salida del parque. Ya no me acordaba de aquel maldito túnel. Siempre lo había atravesado de día y, a plena luz, no resultaba tan pavoroso como ahora. Afortunadamente, no era demasiado largo, tan solo soportaba el ancho de una carretera de cuatro carriles con una acera a cada lado. Eso sí, había que caminar por él con tiento para no tropezar: lo iluminaba exclusivamente la luz exterior y, por lo que recordaba, se hallaba repleto de baches y suciedad. Miré el reloj: era ya muy tarde y me encontraba a tan solo unos doscientos metros de mi casa. Me adentré en el pasadizo...

Ignoro de dónde salió. Ya estaba a mitad del túnel cuando me agarró con fuerza del brazo y me empujó contra la pared. Cuando mi espalda chocó dolorosamente en la piedra, fui consciente de que el peligro sentido desde mi entrada en el parque se confirmaba. Intenté zafarme, pero me sujetaba firmemente las muñecas.

—¡Estate quieta, puta!

Ahora notaba todo su cuerpo aplastándome. Era un hombre alto y corpulento de no menos de noventa kilos que apenas me dejaba respirar. Notaba su fétido aliento y sentí el amago de una arcada. Conocía la muerte, pero nunca me había enfrentado a la violencia. Empecé a sopesar cuál de las dos opciones era preferible, tal era mi miedo al dolor. Salí de dudas cuando colocó una navaja en mi cuello: no, no quería morir.

Entonces apareció ella. Estaba de pie, detrás del agresor. Me miraba. A pesar de la oscuridad, pude ver el destello de las tijeras que siempre llevaba en su mano. Quieta,

mientras el agresor levantaba mi falda, observaba aterrorizada cómo la aparición alzaba sus tijeras lentamente. Las lágrimas recorrían mis mejillas. La conocía bien, sabía que era implacable. Yo solo quería volver a casa. En esa noche invernal, pensé en todas las casas que rodeaban el parque; todos esos hogares cálidos detrás de una puerta bien cerrada hasta la mañana siguiente, con unos niños recién bañados y una mesa preparada para la cena. Me horrorizaba la idea de mi hijo creciendo sin mí. Lo imaginé, delante de mi ataúd, orinándose encima. Cuando, por fin, vi la tijera totalmente en alto y abierta, cerré los ojos...

Al poco, noté que mi agresor aflojaba la presión. Escuché el ruido de su navaja cayendo al suelo y abrí los ojos para ver al individuo llevarse la mano libre al pecho con un rictus de dolor. Se apartó de mi con cara de súplica y, a continuación, sin dejar de mirarme, cayó de rodillas sin separar la mano del corazón. Se desplomó de lado y algo encogido. Atónita, lo observé un rato retorciéndose en el suelo entre gemidos hasta que calló por fin y se quedó quieto para siempre.

La parca seguía mirándome, con la sonrisa eterna de las calaveras. Había recogido las tijeras entre algún pliegue de sus ropas viejas. Creo que mi desconcierto le produjo cierto divertimento y, tal vez por ello, se animó a dirigirme la palabra por vez primera, no sin cierto sarcasmo:

—No me mires así. También sé portarme bien a veces.

Se desvaneció en la oscuridad con la misma facilidad con la que había aparecido. Poco después, algo conmocionada todavía, abandoné sin miramientos a aquel maldito desgraciado desplomado a mis pies. Recorrí el ya escaso trayecto que me quedaba hasta casa. Al llegar, despedí a mi marido con un beso más intenso de lo habitual, causándole una mezcla de agrado y extrañeza; aun conocedora de la ausencia de destino escrito, le rogué absurdamente no conducir deprisa, sabedora de que él, como todos, se encontraba a merced de un ente caprichoso. Estreché entre mis brazos el cuerpo menudo de mi niño; lo acosté entre mil besos; acaricié con arrobos el suave pelo corto de su cabecita mientras se dormía; era consciente de gozar de un privilegio que en cualquier momento podía serme arrebatado. Decidí sentir la vida con la

intensidad de quien conoce la fragilidad de nuestros hilos. En esos momentos, tenía una única certeza: la existencia de aquella que me acompañaría siempre.